

cosa liciesen, los ternian por enemigos y les haria guerra; lo cual les apercibió y dijo estando presentes los clérigos y oficiales, y luego les dió bonetes colorados y otras cosas, y prometieron de nuevo de tener por amigos á los cristianos, y echar de su tierra á los indios que habian venido contra ellos, que eran los guaxarapos y otras generaciones. Dende á dos dias que el Gobernador hobo llegado al puerto de los Reyes, como se halló con tanta gente de españoles y indios, y esperaba con ellos tener gran necesidad de hambre, porque á todos habia de dar de comer, y en toda la tierra no habia mas bastimento de lo que él tenia en los bergantines que estaban en el puerto, lo cual estaba muy tasado, y no habia para mas de diez ó doce dias para toda la gente, que eran, entre cristianos y indios, mas de veinte mil; y visto tan gran necesidad y peligro de morirse toda la gente, mandó llamar todas las lenguas, y mandólas que por los lugares cercanos á ellos le fuesen á buscar algunos bastimentos mercados por sus rescates, y para ello les dió muchos; los cuales fueron, y no ballaron ningunos; y visto esto, mandó llamar á los indios principales de la tierra, y preguntóles adónde habrian, por sus rescates, bastimentos; los cuales dijeron que á nueve leguas de allí estaban en la ribera de unas grandes lagunas unos indios que se llaman arianicosies, y que estos tienen muchos bastimentos en gran abundancia, y que estos darian lo que fuese menester.

CAPITULO LXVII.

De cómo el Gobernador envió á buscar bastimentos al capitán Mendoza.

Luego que el Gobernador se informó de los indios principales del puerto, mandó juntar los oficiales, clérigos y capitanes y otras personas de experiencia, para tomar con ellos acuerdo y parecer de lo que debia hacer, porque toda la gente pedia de comer, y el Gobernador no tenia qué les dar, y estaban para se le derramar y ir por la tierra adentro á buscar de comer; y juntos los oficiales y clérigos, les dijo que ya vian la necesidad y hambre, que era tan general, que padescian, y que no esperaba menos que morir todos si brevemente no se daba orden para lo remediar, y que él era informado que los indios que se llaman arianicosies tenian bastimentos, y que diesen su parecer de lo que en ello debia de hacer; los cuales todos juntamente le dijeron que debia enviar á los pueblos de los indios la mayor parte de la gente, así para se mantener y sustentar como á comprar bastimento, para que enviasen luego á la gente que consigo quedaba en el puerto, y que si los indios no quisiesen dar los bastimentos comprándoselos, que se los tomasen por fuerza; y si se pusiesen en los defender, los hiciesen guerra hasta se los tomar; porque atenta la necesidad que habia, y que todos se morian de hambre, que del altar se podia tomar para comer; y este parecer dieron firmado de sus nombres; y así, se acordó de enviar á buscar los bastimentos al dicho capitán, con esta instruccion:

«Lo que vos el capitán Gonzalo de Mendoza habeis de hacer en los pueblos donde vais á buscar bastimentos para sustentar esta gente porque no se me muera de hambre, es, que los bastimentos que así mercáredes,

habeislos de pagar muy á contento de los indios socorinos y sococios, y á los otros que por la comarca están poblados, y decirles heis de mi parte que estoy maravillado de ellos cómo no me han venido á ver, como lo han hecho todas las otras generaciones de la comarca; y que yo tengo relacion que ellos son buenos, y que por ello deseo verlos y tenerlos por amigos, y darles de mis cosas, y que vengan á dar la obediencia á su majestad (como lo han hecho todos los otros); y haciéndolo así, siempre los favoreceré y ayudaré contra los que los quisieren enojar; y habeis de tener gran vigilancia y cuidado que por los lugares que pasáredes de los indios nuestros amigos no consintais que ninguna de la gente que con vos llevais entren por sus lugares ni les hagan fuerza ni otro ningun mal tratamiento, sino que todo lo que rescatáredes y ellos os dieren, lo pagueis á su contento, y ellos no tengan causa de se quejar; y llegado á los pueblos, pediréis á los indios á do vais, que os den de los mantenimientos que tuvieren, para sustentar las gentes que llevais, ofresciéndoles la paga y rogándoselo con amorosas palabras, y si no os lo quisieren dar, requerírselo heis una, y dos, y tres veces, y mas, cuantas de derecho pudiéredes y debiéredes, y ofresciéndoles primero la paga; y si todavía no os lo quisieren dar, tomarlo heis por fuerza; y si os lo defendieren con mano armada, hacerles heis la guerra, porque la hambre en que quedamos no sufre otra cosa; y en todo lo que sucediere adelante os habed tan templadamente, cuanto conviene al servicio de Dios y de su majestad; lo cual confio de vos, como de servidor de su majestad.»

CAPITULO LXVIII.

De cómo envió un bergantín á descubrir el rio de los xarayes, y en él al capitán Ribera.

Con esta instruccion envió al capitán Gonzalo de Mendoza, con el parecer de los clérigos y oficiales y capitanes, y con ciento y veinte cristianos y seiscientos indios flecheros, que bastaban para mucha mas cosa, y partió á 15 dias del mes de diciembre del dicho año; y los indios naturales del puerto de los Reyes avisaron al Gobernador, y le informaron que por el rio del Igatu arriba podian ir gentes en los bergantines á tierra de los indios xarayes, porque ya comenzaban á crescer las aguas, y podian bien los navíos navegar; y que los indios xarayes y otros indios que están en la ribera tenian muchos bastimentos, y que asimesmo habia otros brazos de rios muy caudalosos que venian de la tierra adentro y se juntaban en el rio del Igatu, y habia grandes pueblos de indios, y que tenian muchos mantenimientos; y por saber todos los secretos del dicho rio, envió al capitán Hernando de Ribera en un bergantín, con cincuenta y dos hombres, para que fuesen por el rio arriba hasta los pueblos de los indios xarayes, y hablase con su principal y se informase de lo de adelante, y pasase á los ver y descubrir por vista de ojos; y no saliendo en tierra él ni ninguno de su compañía, excepto la lengua con otros dos, procurase ver y contratar con los indios de la costa del rio por donde iba, dándoles dádivas y asentando paces con ellos, para que volviere bien informado de lo que en la tierra habia, y para ello le dió una instruccion con muchos rescates, y por ella

y de palabra le informó de todo aquello que convenia al servicio de su majestad y al bien de la tierra; el cual partió y hizo vela á 20 dias del mes de diciembre del dicho año.

Dende algunos dias que el capitán Gonzalo de Mendoza habia partido con la gente á comprar los bastimentos, escribió una carta cómo al tiempo que llegó á los lugares de los indios arianicosies habia enviado con una lengua á decir cómo él iba á su tierra á les rogar le vendiesen de los bastimentos que tenian, y que se los pagaria en rescates muy á su contento, en cuentas y cuchillos y cuñas de hierro (lo cual ellos tenian en mucho), y les daria muchos anzuelos; los cuales rescates llevó la lengua para se los enseñar para que los vieses; y que no iban á hacerles mal ni daño ni tomalles nada por fuerza; y que la lengua habia ido, y habia vuelto huyendo de los indios, y que habian salido á él á lo matar, y que le habian tirado muchas flechas; y que decian que no fuesen los cristianos á su tierra, y que no les querian dar ninguna cosa; antes los habian de matar á todos, y que para ello les habian venido á ayudar los indios guaxarapos, que eran muy valientes; los cuales habian muerto cristianos, y decian que los cristianos tenian las cabezas tiernas, y que no eran recios, y que el dicho Gonzalo de Mendoza habia tornado á enviar la misma lengua á rogar y requerir los indios que les diesen los bastimentos, y con él envió algunos españoles que vieses lo que pasaba; todos los cuales habian vuelto huyendo de los indios, diciendo que habian salido con mano armada para los matar, y les habian tirado muchas flechas, diciendo que se saliesen de su tierra, que no les querian dar los bastimentos; y que visto esto, que él habia ido con toda la gente á les hablar y asegurar; y que llegados cerca de su lugar, habian salido contra él todos los indios de la tierra, tirándoles muchas flechas, y procurándoles de matar, sin les querer oír ni dar lugar á que les dijese alguna cosa de las que les querian hablar; por lo cual en su defensa habian derrocado dos de ellos con arcabuces, y como los otros los vieron muertos, todos se fueron huyendo por los montes. Los cristianos fueron á sus casas, adonde habian hallado muy gran abundancia de mantenimientos de maíz y de mandubies, y otras yerbas y raíces y cosas de comer; y que luego con uno de los indios que habia tomado preso envió á decir á los indios que se viniesen á sus casas, porque él les prometia y aseguraba de los tener por amigos, y de no les hacer ningun daño, y que les pagaria los bastimentos que en sus casas les habian tomado cuando ellos huyeron; lo cual no habian querido hacer; antes habian venido á les dar guerra adonde tenian sentado el real, y habian puesto fuego á sus propias casas, y se habian quemado mucha parte de ellas, y que hacian llamamiento de otras muchas generaciones de indios para venir á matarlos, y que así lo decian, y no dejaban de venir á les hacer todo el daño que podian. El Gobernador le envió á mandar que trabajase y procurase de tornar los indios á sus casas, y no les consintiese hacer ningun mal ni daño ni guerra, antes les pagase todos los bastimentos que les habian tomado, y les dejasen en paz, y fuesen á buscar los bastimentos por otras partes; y luego le tornó á avisar el

capitán cómo los habia enviado á llamar y asegurar para que se volviessen á sus casas, y que les tenia por amigos, y que no les haria mal, y los trataria bien; lo cual no quisieron hacer, antes continuo vinieron á hacerle guerra y todo el daño que podian con otras generaciones de indios que habian llamado para ello, así de los guaxarapos y guatos, enemigos nuestros, que se habian juntado con ellos.

CAPITULO LXIX.

De cómo vino de la entrada el capitán Francisco de Ribera.

A 20 dias del mes de enero del año de 544 años vino el capitán Francisco de Ribera con los seis españoles que con él envió el Gobernador y con la guia que consigo llevó, y con tres indios que le quedaron, de los once que con él envió de los guaranies; los cuales todos envió, como arriba he dicho, para que descubriese las poblaciones y las vieses por vista de ojos dende la parte donde el Gobernador se volvió; y ellos fueron su camino adelante en busca de Tapuaguazu, donde la guia decia que comenzaban las poblaciones de los indios de toda la tierra; y llegado con los seis cristianos, los cuales venian heridos, toda la gente se alegró con ellos, y dieron gracias á Dios de verlos escapados de tan peligroso camino; porque en la verdad el Gobernador los tenia por perdidos, porque de los once indios que con ellos habian ido, se habian vuelto los ocho, y por ello el Gobernador hobo mucho enojo con ellos y los quiso castigar, y los indios principales sus parientes le rogaban que los mandase ahorcar luego como se volvieron, porque habian dejado y desamparado los cristianos, habiéndoles encomendado y mandado que los acompañasen y guardasen hasta volver en su presencia con ellos, y que pues no lo habian hecho, que ellos merecian que fuesen ahorcados, y el Gobernador se lo reprehendió, con apercibimiento que si otra vez lo hacian los castigaria, y por ser aquella la primera les perdonaba, por no alterar á todos los indios de su generacion.

CAPITULO LXX.

De cómo el capitán Francisco de Ribera dió cuenta de su descubrimiento.

Otro dia siguiente pareció ante el Gobernador el capitán Francisco de Ribera, trayendo consigo los seis españoles que con él habian ido, y le dió relacion de su descubrimiento, y dijo que después que dél partió en aquel bosque de do se habian apartado, que habian caminado por do la guia lo habia llevado veinte y un dia sin parar, yendo por tierra de muchas malezas, de arboledas tan cerradas, que no podian pasar sin ir desmontando y abriendo por do pudiesen pasar, y que algunos dias caminaban una legua, y otros dos dias que no caminaban media, por las grandes malezas y breñas de los montes, y que en todo el camino que llevaron fué la via del poniente; que en todo el tiempo que fueron por la dicha tierra comian venados y puercos y dantas que los indios mataban con las flechas, porque era tanta la caza que habia, que á palos mataban todo lo que querian para comer, y ansimismo habia infinita miel en lo hueco de los árboles, y frutas salvajes, que habia para mantener toda la gente que venia al dicho descubri-

miento, y que á los veinte y un dias llegaron á un rio que corria la via del poniente; y segun la guia les dijo, que pasaba por Tapuaguazu y por las poblaciones de los indios, en el cual pescaron los que él llevaba, y sacaron mucho pescado de unos que llaman los indios piraputanas, que son de la manera de los sábalos, que es muy excelente pescado; y pasaron el rio, y andando por donde la guia los llevaba, dieron en huella fresca de indios; que, como aquel dia habia llovido, estaba la tierra mojada, y parecia haber andado indios por allí á caza; y yendo siguiendo el rastro de la huella, dieron en unas grandes hazas de maíz que se comenzaba á coger, y luego sin se poder encubrir, salió á ellos un indio solo, cuyo lenguaje no entendieron, que traia un barbote grande en el labio bajo, de plata, y unas orejeras de oro, y tomó por la mano al Francisco de Ribera, y por señas les dijo que se fuesen con él, y así lo hicieron, y vieron cerca de allí una casa grande de paja y madera; y como llegaron cerca de ella, vieron que las mujeres y otros indios sacaban lo que dentro estaba de ropa de algodón y otras cosas, y se metian por las hazas adelante, y el indio los mandó entrar dentro de la casa, en la cual andaban mujeres y indios sacando todo lo que tenían dentro, y abrian la paja de la casa y por allí lo echaban fuera, por no pasarlo por donde él y los otros cristianos estaban, y que de unas tinajas grandes que estaban dentro de la casa llenas de maíz, vió sacar ciertas planchas y hachuelas y brazaletes de plata, y echarlos fuera de la casa por las paredes (que eran de paja); y como el indio que parecia el principal de aquella casa (por el respeto que los indios de ella le tenían) los tuvo dentro de la casa, por señas les dijo que se asentasen, y á dos indios orejones que tenían por esclavos, les mandó dar á beber de unas tinajas que tenían dentro de la casa metidas hasta el cuello debajo de tierra, llenas de vino de maíz; sacaron vino en unos calabazos grandes y les comenzaron á dar de beber; y los dos orejones le dijeron que á tres jornadas de allí, con unos indios que llaman payzunoos, estaban ciertos cristianos, y dende allí le enseñaron á Tapuaguazu (que es una peña muy alta y grande), y luego comenzaron á venir muchos indios muy pintados y emplumados, y con arcos y flechas á punto de guerra, y el dicho indio habló con ellos con mucha aceleracion, y tomó asimismo un arco y flechas, y enviaba indios que iban y venian con mensajes; de donde habian conocido que hacia llamamiento del pueblo que debía estar cerca de allí, y se juntaban para los matar; y que habia dicho á los cristianos que con él iban, que saliesen todos juntos de la casa, y se volviesen por el mismo camino que habian traído, antes que se juntasen mas indios; á esta sazón estarian juntos mas de treientos, dándoles á entender que iban á traer otros muchos cristianos que vivian allí cerca, y que ya que iban á salir, los indios se les ponian delante para los detener, y por miedo de ellos habian salido, y que obra de un tiro de piedra de la casa, visto por los indios que se iban, habian ido tras de ellos, y con grande grita, tirándoles muchas flechas, los habian seguido hasta los meter por el monte, donde se defendieron; y los indios, creyendo que allí habia mas cristianos, no osaron entrar tras de ellos, y los habian dejado ir, y escaparon to-

dos heridos, y se tornaron por el propio camino que abrieron, y lo que habian caminado en veinte y un dias, dende donde el Gobernador los habia enviado hasta llegar al puerto de los Reyes, lo anduvieron en doce dias; que le pareció que dende aquel puerto hasta donde estaban los dichos indios habia setenta leguas de camino, y que una laguna que está á veinte leguas de este puerto, que se pasó el agua hasta la rodilla, venia entonces tan crecida y traia tanta agua, que se habia entendido y alargado mas de una legua por la tierra adentro, por donde ellos habian pasado, y mas de dos lanzas de hondo, y que con muy gran trabajo y peligro lo habian pasado con balsas; y que si se habian de entrar por la tierra, era necesario que abajase el agua de la laguna; y que los indios se llaman tarapecocies, los cuales tienen muchos bastimentos, y vió que criaban patos y gallinas como las nuestras en mucha cantidad. Esta relacion dió Francisco de Ribera y los españoles que con él fueron y vinieron, y de la guia que con ellos fué; los cuales dijeron lo mismo que habia declarado Francisco de Ribera; y porque en este puerto de los Reyes estaban algunos indios de la generacion de los tarapecocies, donde llegó el Francisco de Ribera, los cuales vinieron con García, lengua, cuando fué por las poblaciones de la tierra, y volvió desbaratado por los indios guaranies en el rio del Paraguay, y se escaparon estos con los indios chaneses que huyeron, y vivian todos juntos en el puerto de los Reyes, y para informarse de ellos los mandó llamar el Gobernador, y luego conocieron y se alegraron con unas flechas que Francisco de Ribera traia, de las que le tiraron los indios tarapecocies, y dijeron que aquellas eran de su tierra; y el Gobernador les preguntó que por qué los de su generacion habian querido matar aquellos que los habian ido á ver y hablar. Y dijeron que los de su generacion no eran enemigos de los cristianos, antes los tenían por amigos desde que García estuvo en la tierra y contrató con ellos; y que la causa por que los tarapecocies les querian matar seria por llevar en su compañía indios guaranies, que los tienen por enemigos, porque los tiempos pasados fueron hasta su tierra á los matar y destruir; porque los cristianos no habian llevado lengua que los hablasen y los entendiesen, para les decir y hacer entender á lo que iban; porque no acostumbran hacer guerra á los que no les hacen mal; y que si llevaran lengua que les hablara, les hicieran buenos tratamientos y les dieran de comer, y oro y plata que tienen, que traen de las poblaciones de la tierra adentro. Fueron preguntados qué generaciones son de los que han la plata y el oro, y cómo lo contratan y viene á su poder; dijeron que los payzunoos, que están tres jornadas de su tierra, lo dan á los suyos á trueco de arcos y flechas y esclavos que toman de otras generaciones, y que los payzunoos lo han de los chaneses y chimenoos y carcaras y candirees, que son otras gentes de los indios, que lo tienen en mucha cantidad, y que los indios lo contratan, como dicho es. Fuéle mostrando un candelero de azófar muy limpio y claro, para que lo viese, y declarase si el oro que tenían en su tierra era de aquella manera; y dijeron que lo del candelero era duro y bellaco, y lo de su tierra era blando y no tenia mal olor y era mas amarillo;

y luego le fué mostrada una sortija de oro, y dijeron si era de aquello mismo lo de su tierra, y dijo que sí. Asimismo le mostraron un plato de estaño muy limpio y claro, y le preguntaron si la plata de su tierra era tal como aquella; y dijo que aquella de aquel plato hedia y era bellaca y blanda, y que la de su tierra era mas blanca y dura, y no hedia mal; y siéndole mostrada una copa de plata, con ella se alegraron mucho, y dijeron haber de aquello en su tierra muy gran cantidad en vasijas y otras cosas en casa de los indios, y planchas, y habia brazaletes y coronas y hachuelas, y otras piezas.

CAPITULO LXXI.

De cómo envió á llamar al capitán Gonzalo de Mendoza.

Luego envió el Gobernador á llamar á Gonzalo de Mendoza, que se viniese de la tierra de los arianicosios con la gente que con él estaba, para dar orden y proveer las cosas necesarias para seguir la entrada y descubrimiento de la tierra, porque así convenia al servicio de su majestad; y que antes que viniese á ellas, procurasen de tornar á los indios arianicosios á sus casas, y asentase las paces con ellos; y como fué venido Francisco de Ribera con los seis españoles que venian con él del descubrimiento de la tierra, toda la gente que estaba en el puerto de los Reyes comenzó á adolecer de calenturas, que no habia quien pudiese hacer la guarda en el campo, y asimesmo adolecieron todos los indios guaranies, y morian algunos de ellos; y de la gente que el capitán Gonzalo de Mendoza tenia consigo en la tierra de los indios arianicosios, avisó por carta suya que todos enfermaban de calenturas; y así, los enviaba con los bergantines, enfermos y flacos; y demás de esto, avisó que no habia podido con los indios hacer paz, aunque muchas veces les habia requerido que les darian muchos rescates, antes les venian cada dia á hacer la guerra, y que era tierra de muchos mantenimientos, así en el campo como en las lagunas, y que les habia dejado muchos mantenimientos con que se pudiesen mantener, demás y allende de los que habia enviado y llevaba en los bergantines; y la causa de aquella enfermedad en que habia caído toda la gente habia sido que se habian dañado las aguas de aquella tierra, y se habian hecho salobres con la creciente de ella. A esta sazón los indios de la isla, que están cerca de una legua del puerto de los Reyes, que se llaman socorinos y xaqueses, como vieron á los cristianos enfermos y flacos, comenzaron á hacerles guerra, y dejaron de venir (como hasta allí lo habian hecho) á contratar y rescatar con los cristianos, y á darles aviso de los indios que hablaban mal de ellos, especialmente de los indios guaxarapos, con los cuales se juntaron y metieron en su tierra para dende allí hacerles guerra; y como los indios guaranies que habian traído en la armada salian en sus canoas, en compañía de algunos cristianos, á pescar en la laguna, á un tiro de piedra del real, una mañana, ya que amanescia, habian salido cinco cristianos, los cuatro de ellos mozos de poca edad, con los indios guarianes; yendo en sus canoas, salieron á ellos los indios xaqueses y socorinos y otros muchos de la isla, y captivaron los cinco cristianos, y mataron de los indios guaranies cristianos nuevamente convertidos, y se les

pusieron en defensa, y á otros muchos llevaron con ellos á la isla, y los mataron, y despedazaron á los cinco cristianos y indios, y los repartieron entre ellos á pedazos entre los indios guaxarapos y guatos, y con los indios naturales de esta tierra y puerto del pueblo que dicen del Viejo, y con otras generaciones que para ello y para hacer la guerra, que tenían convocado; y después de repartidos, los comieron, así en la isla como en los otros lugares de las otras generaciones; y no contentos con esto, como la gente estaba enferma y flaca, con gran atrevimiento vinieron á acometer y á poner fuego en el pueblo adonde estaban, y llevaron algunos cristianos; los cuales comenzaron á dar voces, diciendo: «Al arma, al arma; que matan los indios á los cristianos.» Y como todo el pueblo estaba puesto en arma, salieron á ellos; y así, llevaron ciertos cristianos, y entre ellos uno que se llamaba Pedro Mepen, y otros que tomaron ribera de la laguna, y asimismo mataron otros que estaban pescando en la laguna, y se los comieron como á los otros cinco; y después de hecho el salto de los indios, como amanesció, al punto se vieron muy gran número de canoas con mucha gente de guerra irse huyendo por la laguna adelante, dando grandes alaridos y enseñando los arcos y flechas, alzándolos en alto, para darnos á entender que ellos habian hecho el salto; y así, se metieron por la isla que está en la laguna del puerto de los Reyes; allí nos mataron cincuenta y ocho cristianos esta vez. Visto esto, el Gobernador habló con los indios del puerto de los Reyes, y les dijo que pidiesen á los indios de la isla los cristianos y indios que habian llevado; y habiéndoselos ido á pedir, respondieron que los indios guaxarapos se los habian llevado, y que no los tenían ellos; de allí adelante venian de noche á correr la laguna, por ver si podian captivar algunos de los cristianos y indios que pescasen en ella, y á estorbar que no pescasen en ella, diciendo que la tierra era suya, y que no habian de pescar en ella los cristianos y los indios; que nos fuésemos de su tierra, si no, que nos habian de matar. El Gobernador envió á decir que se sosegasen y guardasen la paz que con él habian asentado, y viniesen á traer los cristianos y indios que habian llevado, y que los ternia por amigos; donde no lo quisiesen hacer, que procedería contra ellos como contra enemigos; á los cuales se lo envió á decir y apereibir muchas veces, y no lo quisieron hacer, y no dejaban de hacer la guerra y daños que podian; y visto que no aprovechaba nada, el Gobernador mandó hacer informacion contra los dichos indios; y habida, con el parecer de los oficiales de su majestad y los clérigos, fueron dados y pronunciados por enemigos, para poderlos hacer la guerra; la cual se les hizo, y aseguró la tierra de los daños que cada dia hacian.

CAPITULO LXXII.

De cómo vino Hernando de Ribera de su entrada que hizo por el rio.

A 30 dias del mes de enero del año de 1543 vino el capitán Hernando de Ribera con el navío y gente con que lo envió el Gobernador á descubrir por el rio arriba; y porque cuando él vino le halló enfermo, y ansimismo toda la gente, de calenturas con frios, no le pudo

dar relacion de su descubrimiento, y en este tiempo las aguas de los rios crecian de tal manera, que toda aquella tierra estaba cubierta y anegada de agua, y por esto no se podia tornar á hacer la entrada y descubrimiento, y los indios naturales de la tierra le dijeron y certificaron que ahí duraba la creciente de las aguas cuatro meses del año, tanto, que cubre la tierra cinco y seis brazas en alto, y hacen lo que atrás tengo dicho de andarse dentro en canoas con sus casas todo este tiempo buscando de comer, sin poder saltar en la tierra; y en toda esta tierra tienen por costumbre los naturales de ella de se matar y comer los unos á los otros; y cuando las aguas bajan, tornan á armar sus casas donde las tenían antes que cresciesen, y queda la tierra inficionada de pestilencia del mal olor y pescado que queda en seco en ella, y con el gran calor que hace, es muy trabajosa de sufrir.

CAPITULO LXXIII.

De lo que aconteció al Gobernador y gente en este puerto.

Tres meses estuvo el Gobernador en el puerto de los Reyes con toda la gente enferma de calenturas, y él con ellos, esperando que Dios fuese servido de darles salud y que las aguas bajasen, para poner en efecto la entrada y descubrimiento de la tierra, y de cada día crecía la enfermedad, y lo mismo hacían las aguas; de manera que del puerto de los Reyes fué forzado retirarnos con harto trabajo, y demás de hacernos tanto daño, trujeron consigo tantos mosquitos de todas maneras, que de noche ni de día no nos dejaban dormir ni reposar, con lo cual se pasaba un tormento intolerable, que era peor de sufrir que las calenturas; y visto esto, y porque habían requerido al Gobernador los oficiales de su majestad que se retirase y fuese del dicho puerto abajo á la ciudad de la Ascension, adonde la gente convaleciese, habido para ello informacion y parescer de los clérigos y oficiales, se retiró; pero no consintió que los cristianos trujesen obra de cien muchachas, que los naturales del puerto de los Reyes, al tiempo que allí llegó el Gobernador, habían ofrescido sus padres á capitanes y personas señaladas, para estar bien con ellos y para que hiciesen de ellas lo que solian de las otras que tenían; y por evitar la ofensa que en esto á Dios se hacía, el Gobernador mandó á sus padres que las tuviesen consigo en sus casas hasta tanto que se hobiesen de volver; y al tiempo que se embarcaron para volver, por no dejar á sus padres descontentos y la tierra escandalizada á causa de ello, lo hizo así; y para dar mas color á lo que hacía, publicó una instruccion de su majestad, en que manda «que ninguno sea osado de sacar á ningun indio de su tierra, so graves penas»; y de esto quedaron los naturales muy contentos, y los españoles muy quejosos y desesperados, y por esta causa le querían algunos mal, y dende entonces fué aborrescido de los mas de ellos, y con aquella color y razon hicieron lo que diré adelante; y embarcada la gente, así cristianos como indios, se vino al puerto y ciudad de la Ascension en doce días, lo que había andado en dos meses cuando subió; aunque la gente venía á la muerte enferma, sacaban fuerza de flaqueza con deseo de llegar á sus casas; y cierto no fué poco el trabajo (por venir

como tengo dicho), porque no podían tomar armas para resistir á los enemigos, ni menos podían aprovechar con un remo para ayudar ni guiar los bergantines; y si no fuera por los versos que llevábamos en los bergantines, el trabajo y peligro fuera mayor; traíamos las canoas de los indios en medio de los navíos, por guardarlos y salvarlos de los enemigos hasta volverlos á sus tierras y casas; y para que mas seguros fuesen, repartió el Gobernador algunos cristianos en sus canoas, y con venir tan recatados, guardándonos de los enemigos, pasando por tierra de los indios guaxarapos, dieron un salto con muchas canoas en gran cantidad, y dieron en unas balsas que venían junto á nosotros, y arrojaron un dardo, y dieron á un cristiano por los pechos y pasáronlo de parte á parte, y cayó luego muerto, el cual se llamaba Miranda, natural de Valladolid, y hirieron algunos indios de los nuestros; y si no fueran socorridos con los versos, nos hicieran mucho daño. Todo ello causó la flaqueza grande que tenía la gente.

A 8 días del mes de abril del dicho año llegamos á la ciudad de la Ascension con toda la gente y navíos y indios guaraníes, y todos ellos y el Gobernador, con los cristianos que traía, venían enfermos y flacos; y llegado allí el Gobernador, halló al capitán Salazar, que tenía hecho llamamiento en toda la tierra, y tenía juntos mas de veinte mil indios y muchas canoas, y para ir por tierra otra gente á buscar y matar y destruir á los indios agaces, porque después que el Gobernador se había partido del puerto no habían cesado de hacer la guerra á los cristianos que habían quedado en la ciudad, y á los naturales, robándolos y matándolos y tomándolos las mujeres y hijos, y salteándoles la tierra y quemándoles los pueblos, haciéndoles muy grandes males; y como llegó el Gobernador, cesó de ponerse en efecto, y hallamos la carabela que el Gobernador mandó hacer, que casi estaba ya hecha, porque en acabándose había de dar aviso á su majestad de lo sucedido, de la entrada que se hizo de la tierra y otras cosas sucedidas en ella, y mandó el Gobernador que se acabase.

CAPITULO LXXIV.

Cómo el Gobernador llegó con su gente á la Ascension, y aquí le prendieron.

Dende á quince días que hobo llegado el Gobernador á la ciudad de la Ascension, como los oficiales de su majestad le tenían odio por las causas que son dichas, que no les consentía, por ser, como eran, contra el servicio de Dios y de su majestad, así en haber despojado el mejor y mas principal puerto de la provincia, con pretension de se alzar con la tierra (como al presente lo están), y viendo venir al Gobernador tan á la muerte y á todos los cristianos que con él traía, día de Sant Márcos se juntaron y confederaron con otros amigos suyos, y conciertan de aquella noche prender al Gobernador; y para mejor lo poder hacer á su salvo, dicen á cien hombres que ellos saben que el Gobernador quiere tomarles sus haciendas y casas y indias, y darlas y repartirlas entre los que venían con él de la entrada perdidos, y que aquello era muy gran injusticia y contra el servicio de su majestad, y que ellos, como sus oficiales, querían aquella noche ir á requerir, en

nombre de su majestad, que no les quitase las casas ni ropas y indias; y porque se temían que el Gobernador les mandaría prender por ello, era menester que ellos fuesen armados y llevasen sus amigos, y pues ellos lo eran, y por esto se ponían en hacer el requerimiento, del cual se seguía muy gran servicio á su majestad, y á ellos mucho provecho, y que á hora del Ave-María viniesen con sus armas á dos casas que les señalaron, y que allí se metiesen hasta que ellos avisasen lo que habían de hacer; y así, entraron en la cámara donde el Gobernador estaba muy malo hasta diez ó doce de ellos, diciendo á voces: «¡Libertad, libertad; viva el Rey!» Eran el veedor Alonso Cabrera, el contador Felipe de Cáceres, Garci-Vanegas, teniente de tesorero, un criado del Gobernador, que se llamaba Pedro de Oñate, el cual tenía en su cámara, y este los metió y dió la puerta y fué principal en todo, y á don Francisco de Mendoza y á Jaime Rasquin, y este puso una ballesta con un arpon con yerba á los pechos al Gobernador; Diego de Acosta, lengua, portugués; Solorzano, natural de la Gran Canaria; y estos entraron á prender al Gobernador adelante con sus armas; y así, lo sacaron en camisa, diciendo: «¡Libertad, libertad!» Y llamándolo de tirano, poniéndole las ballestas á los pechos, diciendo estas y otras palabras: «Aquí pagaréis las injurias y daños que nos habeis hecho;» y salido á la calle, toparon con la otra gente que ellos habían traído para aguardalles; los cuales, como vieron traer preso al Gobernador de aquella manera, dijeron al factor Pedro Dorantes y á los demás: «Pese á tal, con los traidores traeisnos para que seamos testigos; que no nos tomen nuestras haciendas y casas y indias; y no le requeris, sino prendeislo; quereis hacernos á nosotros traidores contra el Rey, prendiendo á su Gobernador;» y echaron mano á las espadas, y hobo una gran revuelta entre ellos porque le habían preso; y como estaban cerca de las casas de los oficiales, los unos de ellos se metieron con el Gobernador en las casas de Garci-Vanegas, y los otros quedaron á la puerta, diciéndoles que ellos los habían engañado; que no dijese que no sabían lo que ellos habían hecho, sino que procurasen de ayudalles á que le sustentasen en la prision, porque les hacían saber que si soltasen al Gobernador, que los haría á todos cuartos, y á ellos les cortaría las cabezas; y pues les iba las vidas en ello, les ayudasen á llevar adelante lo que habían hecho, y que ellos partirían con ellos la hacienda y indias y ropa del Gobernador; y luego entraron los oficiales donde el Gobernador estaba (que era una pieza muy pequeña), y le echaron unos grillos y le pusieron guardas; y hecho esto, fueron luego á casa de Juan Pavon, alcalde mayor, y á casa de Francisco de Peralta, alguacil, y llegando adonde estaba el alcalde mayor, Martín de Ure, vizcaíno, se adelantó de todos y quitó por fuerza la vara al Alcalde mayor y al alguacil; y así presos, dando muchas puñadas al Alcalde mayor y al alguacil y dándole empujones y llamándolos de traidores, él y los que con él iban los llevaron á la cárcel pública y los echaron de cabeza en el cepo, y soltaron de él á los que estaban presos, que entre ellos estaba uno condenado á muerte porque había muerto un Morales, hidalgo de Sevilla. Después de esto

hecho, tomaron un atambor y fueron por las calles alborotando y desasosegando al pueblo, diciendo á grandes voces: «¡Libertad, libertad; viva el Rey!» Y después de haber dado una vuelta al pueblo, fueron los mismos á la casa de Pero Hernandez, escribano de la provincia (que á la sazón estaba enfermo), y le prendieron, y á Bartolomé Gonzalez, y le tomaron la hacienda y escrituras que allí tenía; y así, lo llevaron preso á la casa de Domingo de Irala, adonde le echaron dos pares de grillos; y después de habelle dicho muchas afrentas, le pusieron sus guardas, y tornan á pregonar: «Mandan los señores oficiales de su majestad que ninguno sea osado de andar por las calles, y todos se recojan á sus casas, so pena de muerte y de traidores;» y acabando de decir esto, tornaban, como de primero, á decir «¡Libertad, libertad!» Y cuando esto apregonaban, á los que topaban en las calles les daban muchos repujones y espaldarazos, y los metían por fuerza en sus casas; y luego como esto acabaron de hacer, los oficiales fueron á las casas donde el Gobernador vivía y tenía su hacienda y escrituras y provisiones que su majestad le mandó despachar acerca de la gobernacion de la tierra, y los autos de cómo le habían recebido y obedecido en nombre de su majestad por gobernador y capitán general, y descerrajaron unas arcas, y tomaron todas las escrituras que en ellas estaban, y se apoderaron en todo ello, y abrieron asimismo un arca que estaba cerrada con tres llaves, donde estaban los procesos que se habían hecho contra los oficiales, de los delitos que habían cometido, los cuales estaban remitidos á su majestad; y tomaron todos sus bienes, ropas, bastimentos de vino y aceite, y acero y hierro, y otras muchas cosas, y la mayor parte de ellas desaparecieron, dando saco en todo, llamándole de tirano y otras palabras; y lo que dejaron de la hacienda del Gobernador lo pusieron en poder de quien mas sus amigos eran y los seguían, so color de depósito, y eran los mismos valedores que les ayudaban. Valía á lo que dicen, mas de cien mil castellanos su hacienda, á los precios de allá, entre lo cual le tomaron diez bergantines.

CAPITULO LXXV.

De cómo juntaron la gente ante la casa de Domingo de Irala.

Y luego otro día siguiente por la mañana los oficiales con atambor mandaron pregonar por las calles que todos se juntasen delante las casas del capitán Domingo de Irala, y allí juntos sus amigos y valedores con sus armas, con pregonero, á altas voces leyeron un libelo infamatorio; entre las otras cosas, dijeron que tenía el Gobernador ordenado de tomarles á todos sus haciendas y tenerlos por esclavos, y que ellos por la libertad de todos le habían prendido; y acabando de leer el dicho libelo, les dijeron: «Decid, señores: ¡Libertad, libertad; viva el Rey!» Y así, dando grandes voces, lo dijeron; y acabado de decir, la gente se indignó contra el Gobernador, y muchos decían: «Pese á tal, vámosle á matar á este tirano, que nos quería matar y destruir;» y amansada la ira y furor de la gente, luego los oficiales nombraron por teniente de gobernador y capitán general de la dicha provincia á Domingo de Irala. Este fué otra vez gobernador contra Francisco Ruiz,